

Construcción discursiva del *homo sylvestris* en el imaginario de la conquista americana durante los siglos XV y XVI

CORTINA, Ruth

Resumen

Cuando en las tierras halladas por Colón, no se encontraron ni las magníficas ciudades del Gran Khan ni el puerto de Zaytón que mencionó Marco Polo, se tuvo la evidencia que eran aquellas que se presentían desde muy antiguo, más allá de las Columnas de Hércules, es decir eran Nuevas Tierras.

Se hizo evidente entonces la relación semiológica entre los discursos predicativos de seres teratológicos, de la mitología griega y los que constituían al Mundo Nuevo, especialmente en los primeros años. Al considerar que lo que estaba en el extremo del mundo, donde existían 'los otros' -eran diferentes al 'nosotros'-, lo percible no era similar con lo que cotidianamente convivían los europeos. Por eso se ubican allí las míticas Ofir, Las Hespérides, El Dorado; y también seres antropomórficos o zoomorfos, (gigantes, grifos, sirenas).

Por esa razón al encontrar al ser de la Nuevas Tierras ¿correspondía a las alegorías imaginadas y representadas en los bestiarios del medioevo, o era el hombre salvaje perdido en las espesuras del bosque, así concebido por creer que rechaza el orden de las "civitas" y el contacto con los demás?

Ocurre que el habitante hallado es semejante a sus descubridores, en su aspecto físico, no en su manera de presentarse o actuar. ¿Son humanos pese a su canibalismo, su desnudez, su vida "sin policía"? Cuando se hace presente la idea de que no podían ser más que descendientes de la pareja fundadora del género humano, se llega a la conclusión que el "*Homo sylvestris*" que existía en el imaginario del conquistador, tiene su correspondencia en el habitante de las Indias, que es el "bárbaro" que puede ser rescatado gracias a la acción educadora y evangelizadora del europeo, dueño del modelo cultural arquetípico por excelencia que se debe imponer.

Palabras claves: imaginario - salvaje - *homo sylvestris* - cultura - civilización

The discursive construction of *homo sylvestris* in the imaginary of the conquest of America (XV and XVI centuries)

Abstract

When on the lands found by Christopher Columbus no traces were discovered either of the magnificent cities of the Great Khan nor of the Zaytun port mentioned by Marco Polo, it was evident that those were new lands beyond the Columns of Hercules, lands that had been anticipated from very ancient times.

It became evident, then, the semiological relationship between the predicative discourses of teratological beings in Greek mythology and those who constituted the New World, especially in the first years after the discovery of America. In considering what was on the other side of the world, where the 'other' was different from 'us', what was perceived was not similar to that with which the Europeans lived day in day out. That is why the mythica Offir, the Hesperides, El Dorado and also anthropomorphic or zoomorphic beings (giants, sirens and griffons) are placed there.

Thus, in finding the beings of the New Lands, were the imagined allegories suitable? Were the medieval bestiaries the most appropriate form of representation? Or was savage man, lost in the woods, thus conceived because it was believed that he rejected the order of civitas and the contact with other beings?

It so happens that the man found is similar to his discoverer, in his physical aspect but not in his behaviour. Are they human, in spite of their cannibalism, their nakedness, their life without police forces? When the idea is stated that these people could only be descendants of the original couple, the conclusion arrived at is that *Homo Sylvestris*, who existed in the imaginary of the conqueror, has his correspondent being in the inhabitant of the Indias, who is the "barbarian" who can be rescued by the educational and evangelical action of the European, the man who owns the archetypical cultural model that must be imposed.

Keywords: imaginery - savage - *homo sylvestris* - culture - civilization

Formulación del problema científico

El descubrimiento de América no fue un hecho totalmente desvinculado del imaginario popular europeo. Aún cuando, hasta la Edad Media, la geografía no iba más allá de Cathay y Cipango (China y Japón) ni de las Columnas de Hércules, existía desde la época de los griegos un mundo exótico, la *extera Europa*. En él se ubicaban reinos maravillosos y seres extraordinarios, mitológicos o bíblicos.

Entelequias de lugares y endriagos se plasmaron en bestiarios como el *Fisiólogo*. Textos simbólicos se elaboraban, reelaboraban y difundían en forma reiterada por la fascinación que ejercían. Razonamientos esotéricos daban cuenta de seres transgresores de las normas urbanas, que vivían en forma opuesta al mundo civilizado y ordenado de las comunidades. Se concebía su existencia, desarrollándose alejados de toda *civitas*, para evitar el contacto con los demás, y sin ajustarse a reglas ni a gobierno alguno. Eran hombres salvajes, cubiertos de pelos, hirsutos, con fuerza y vigor extremos. En resumen, todo lo que correspondía a una naturaleza animal, no asimilable a una vida en comunidad

No hay sociedad donde no se pueda constatar la existencia de 'materias significantes', es decir, concepciones, conductas, concientes o no que, investidas de sentido, se describen mediante procesos discursivos; explica Eliseo Verón (1984) en su obra *Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización*. Por esa razón cuando las "tierras nuevas" halladas hacia el Poniente se incorporan de a poco al conocimiento de los europeos; el paisaje metafórico de los poetas se une a la geografía concreta difundiendo en el imaginario colectivo la idea de haber encontrado aquellos lugares mostrados en las iconografías de los siglos XIV, XV y XVI. Allí se plasmaban al Paraíso, las Hespérides, la Atlántida, y a otros muchos.

Igualmente aquellos seres extraordinarios que poblaban las narraciones y leyendas difundidas en las sociedades europeas, como los gigantes; el legendario Haüt (con cuerpo de animal y rostro humanoide); las amazonas (famosa tribu de mujeres que vivía sin hombres); el gastrocéfalo seres que poseían la cabeza a la altura del pecho, o seres con cabeza cuadrada o piel roja, todos hallaron, por fin, su ambiente en suelo americano.

Las Indias eran la 'otredad'; por esa razón tenía lugar allí la existencia de los engendros del fantástico mundo de los bestiarios europeos ¿El ser hallado en su suelo, tenía correspondencia en aquellas construcciones discursivas que constituían al *homo sylvestris* europeo?, ¿era un ser humano asimilable a la 'civilización'? En caso de pertenecer al primero ¿qué actitud seguir con él? En caso de ser lo segundo, ¿cómo lograrlo? Todas las alternancias que precedieron y sucedieron en los primeros años al descubrimiento se analizan en este estudio.

En conclusión, el problema radica en establecer de la forma como incide el *homo sylvestris* existente en el imaginario colectivo europeo en la definición de la condición jurídica del indígena americano.

Estado de la cuestión

En el siglo XIII, surge la teoría de que la tierra o Isla de la Tierra era la que ocupaba las seis cuartas partes de la superficie del globo y los mares solo una. Colón conoció a través del sacerdote d'Ailly esta hipótesis, la cual, unida a relatos de marineros y cartas geográficas permitió elaborar la idea de llegar a la India navegando hacia el Oeste, ya que pronto se chocaría con la parte más oriental de esta tierra extensa, pues el mar que separaba del Oriente era de poca extensión.

Lo que podía ocurrir -como se mostraba en la carta de Andrea Bianco (1436)- era que hubiera necesidad de encontrar un camino de paso entre las islas que pudieran surgir. El Atlas Catalán de 1375 la carta de Toscanelli de 1474 muestra cómo la Edad Media concebía los confines del mundo habitado; se cree que ellos fueron guías de Colón. También diferentes ideas y relatos de marinos, sobre mundos desconocidos, auspiciaron el viaje colombino.

Algunas de ellas, carentes de 'sentido' histórico, se adelantaron a los acontecimientos. Fueron profecías que más tarde, en la "serie lineal del tiempo, se concretizan", como lo expresa Michel de Certeau, en su obra *Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción*, al analizar la obra de Michel Foucault (1995: 9-27, 137-151).

Francisco López de Gómara en su *Historia general de las Indias*, al referirse a la obra creadora de algunos artistas, señalaba que muchos suelen acertar con su producción imaginativa, y pronosticar o adivinar acontecimientos que luego se hacen realidad. Sus expresiones, al citar a Séneca, son elocuentes:

[...] mucho es de maravillar cuando aciertan una vez; pero como dicen, el que mucho habla en algo acierta. Todo esto digo, considerando lo que dijo Séneca, el poeta, en la tragedia *Medea* a cerca del Nuevo Mundo, que llaman Indias [...] y que nuestros españoles y Cristóbal Colón lo han sacado verdadero. Dice pues: "Vendrán siglos de aquí a muchos años que afloje las ataduras de cosas del Océano, y que aparezca gran tierra, y descubra Tifis, que es la navegación, nuevos mundos, y no será Tile la postrera de las tierras" (1979: 313).

Otro ejemplo para este tema, surge de las cartas y documentos de Colón recogidos por las Casas. El Almirante en 1501; al escribir, a los Reyes se remitía a una profecía y expresaba: "Para la hesección de la impresa de las Indias no me aprovechó razón ni matemática ni mapâmundos: llenamente se cumplió lo que dice Isafas". De esta manera, haciendo alusión a la Biblia, no sólo prestigiaba su hallazgo al considerarse instrumento que efectivizaba lo anunciado por los profetas, también, daba tranquilidad a quienes no concebían una historia que no fuera providencialista.

Además de estas predicciones, existían los mitos y leyendas transmitidos y conservados en documentos, relatos, e historias a través de los siglos que, fomentaban la creencia en la existencia de seres y países donde se mezcla lo sobrenatural (el poder de los Dioses) con lo infrahumano (bestias semihumanas) y actuando entre ellos, los seres humanos, que recibían el favor de unos u otros, como es el caso de *La Ilíada* y *Odisea*.

Otras obras existieron, como las de Herodoto, que al realizar viajes y documentar lo que ve y escucha con actitud de cronista e historiador, contribuye a enriquecer el ideario colectivo europeo. Uno, de los muchos ejemplos, surge cuando menciona restos de murallas que "cortaban el paso entre el monte alto, desde el poniente donde las Termópilas, se levantaban inaccesibles y escarpadas, hasta el Eta, y el mar al levante, que estrecha el paso [...]" (1961: tomo CLXXVII: 576).

Su correlato, lo crea la fantasía popular al concebir lugares donde los indeseables o bárbaros quedaban aislados como "los 22 pueblos que habrían de arrasar la tierra en las postrimerías del siglo, poco antes de la aparición del Anticristo"; leyenda que recoge el historiador Juan Gil en su obra: *Mitos y utopías del descubrimiento. I Colón y su tiempo*. (1989, volumen 1: 218).

También de la historia clásica se habían rescatado relatos imprecisos. Ernesto Samhaber en *Los grandes viajes a lo desconocido. El descubrimiento de la tierra* (1960: 29-30) rescata de la obra de Plinio, la mención de este historiador sobre el viaje del fenicio Hannón; éste tiene el mérito de ser uno de los primeros documentados. La crónica hablaba de una especie de hombres cubiertos con un espeso vello, que desconocían las palabras. Relato que seguramente es uno de los que dio origen al antropoide salvaje.

La incomunicación con el Oriente, desde el siglo VII, fomentó ideas como la de expandir las únicas creencias salvadoras de los hombres, para lo cual la liberación del Santo Sepulcro era el paso decisivo. La idea del rescate de Jerusalén movilizó a la cristiandad en el siglo XI. Cuando en 1270 finaliza la última de las ocho cruzadas, sin haber logrado su objetivo, Europa conoce algo más de la costa septentrional de África, la cual poseía el exotismo de lo desconocido e incomprensido, aumentando las fantasías populares.

Además ocurrieron, por esos siglos, otros acontecimientos provenientes de lejanas tierras asiáticas que aumentaron el rechazo que Europa sentía por "otras" culturas. En 1241 la Cristiandad estaba sobrecogida de espanto. Gengis Khan -surgido de tribus nómadas-, se expandía sobre Europa gracias "a las enormes y aterradoras matanzas [...] eran bárbaros, más salvajes, que los conquistadores de la antigua Roma", los describe Marco Polo en su obra *El Millone*. Cuando muere en 1277 el Gran Khan, queda abierto el Camino de la Seda hacia Oriente. No obstante haberse establecido la paz, el terror mongol quedó presente transformándose en mito y leyenda.

De esta forma, en la Edad Media, la cosmovisión de muchos cartógrafos incluía en forma difusa, al norte, los dominios de Gog y Magog que eran el reino de las tribus perdidas. Tanto Magog como Gog estaban unidos en el imaginario colectivo con las figuras bíblicas, pertenecientes a las veintidós tribus israelitas perdidas o a "los tártaros [a quienes] con propiedad se los llamaban mongoles o mongol" (Gil, 1989: vol. 1: 219). De estos errores de interpretación se encontraba poblado el imaginario colectivo de Europa que se enriquecía cada vez más, con relatos de viajeros como Marco Polo, o Juan Mandevilla (1300-1372) viajero belga, que deja constancia de sus viajes por Egipto, China e India.

Marco Polo, al viajar por dominios mongoles desde el 1269, conoce numerosos pueblos a los que describe tal como los ve, sin imaginar, ni discurrir con presunciones que pudieran embellecer o engrandecer su relato, pero lo hace desde un punto de enunciación que lo ubica dentro de la mentalidad cristiana, occidental y europea. Por esa razón, con sus relatos no pudo evitar ampliar las fantasías, al describir formas de vida diferentes, como cuando menciona la existencia de canibales rituales en el norte de Sumatra: "que sólo comían dos clases de personas: los parientes más próximos y los forasteros". O la primitiva gente de Indochina y las de las islas Andamán, que "como bestias salvajes [...] tanto hombres como mujeres van completamente desnudos [...] son gente cruel que se come con gusto crudos a los hombres [...]". Por su aspecto: "rostros de dientes enormes y cabeza de mastín, parecen perros pese a que cultivan arroz y mijo" ¿Fueron estos relatos los que dieron nacimiento a la leyenda del hombre lobo o cinocéfalo?

También la iconografía, desde los logógrafos griegos, hasta la Edad Media, mostraba, en imágenes, pinturas, gravados, a seres sobrenaturales. "En los tiempos de San Agustín un mosaico de la plaza de Cartago iniciaba al vulgo en los fantásticos arcanos de la geografía india; entre los portentos representados figuraban pigmeos, sciápodos y cinéfalos", vuelve a ilustrar Gil (vol. 1: 30).

Además de la supuesta existencia de estos seres alelomorfos, existían narraciones sobre lugares paradisiacos, geográficamente imprecisos, pero que desde los libros sagrados como la Biblia, espoleaban la imaginación. Allí se citaban regiones fabulosas, personajes y lugares como la mítica Ofir, donde existían zafiros y polvos de oro que fueron llevados al rey Salomón (*Libro III de los Reyes: cap. 9: versículo 28*) o el país de Sabá de donde su reina llegó a Jerusalén con un séquito grande, de camellos que traían especies aromáticas, muchísimo oro y piedras preciosas (*Ibidem: capítulo 10: versículo 2*).

¿Dónde quedaban estos reinos? Se los trataba de ubicar en geografías noveladas y mapas como el de Hereford (c.1310), donde el mar se encuentra poblado de sirenas; las regiones mal conocidas entre Asia y África, habitadas por acéfalos, dragones, describe Ernesto Samhaber (29-30).

En conclusión, desde los orígenes de la producción de variables fónicas, primero, semióticas, después, esta imaginería existía permanentemente en los códigos de comunicación de todo tipo; instalándose en el inconsciente colectivo europeo, e hizo que, los conquistadores y Adelantados que recorrían América, culturalmente influidos por la ética medieval, recrearan seres sobrenaturales. Esta ética medieval no sólo es dogmática, es también individual porque tiende a un ideal inalcanzable en todas las esferas de la acción. Explica Lotman al estudiar los "cambios de los procesos sociales:

lo que es común no tiene valor. El valor es atribuido a la misma acción cumplida de manera perfecta, o en proporciones inauditas, o en condiciones increíblemente difíciles que la vuelven imposible" (1993: 73).

La idea de haber arribado a la India fue constante para Colón, que muere creyéndolo. Por eso no encontraba la razón de porque no surgían, ante él, las magníficas ciudades del Gran Khan, ni se veían los animales que en la India habitaban. A tal punto tenían el convencimiento de estar en Oriente que Bernardo de Ibarra, declaraba en 1498, "que vio o creyó ver una pisada de elefante" (Ibarra, 1982:139).

El Edén ubicado en las Indias

Cuando se comenzó a sospechar -entre los primeros, Vespuccio- que estaban en presencia de un continente nuevo, surgió la idea de que éste era el suelo donde se encontrarían Tarsis y Ofir, o que se había llegado verdaderamente al edénico suelo de los primeros padres del género humano, puesto que el *Génesis* decía que el Jardín del Edén se ubicaba en la zona oriental del mundo. Años más tarde el jesuita Acosta en su obra *Historia Natural y Moral de las Indias*, interpretaba que dichos vocablos en la Divina Escritura "las más veces no significan algún determinado lugar", sino que para los hebreos, era "como en nuestro lugar [es] el vocablo de Indias, general [...] y significa unas tierras apartadas y muy ricas, y muy extrañas de las nuestras" (volumen 1: 14; 42).

Por su parte, el relato de Colón contribuyó a fomentar esta idea, al describir en su *Diario* el paisaje que contempla, manifestaba que, los hombres y mujeres que allí veía, se encontraban "en una maravillosa primavera [...] los árboles estaban verdes y con hojas, como en el mes de abril y de mayo [...] y había mucha agua [...]" y en su tercer viaje, cuando arriba a Santo Domingo, al observar el gran golfo de agua dulce, indica que puede haber dos causas para que esto ocurra: por pertenecer a un río que nace en el Paraíso "o por ser de tierra infinita del austro" (hemisferio austral). Particularmente se inclina por la primera: "yo muy asentado tengo en el ánimo que allí, adonde dije, es donde los sacros teólogos y los sabios filósofos ubicaban el Paraíso Terrenal" (*Diario*: 21.02.1493).

Además, otro indicio reafirma esta convicción: no advierte en los indios que encuentra, indicios que anuncian vejez o decrepitud. Con esta observación coincide Vespuccio en 1502, quien refiere en sus *Cartas relativas a sus viajes y descubrimiento* que los habitantes de las nuevas tierras vivían muchísimos años: "me parece que son 132, contando 13 meses lunares por año".

Junto a estas observaciones existía el hecho de que el habitante de estas tierras, se presentaba desprovisto de ropaje (aspecto considerado por el hombre 'civilizado', y católico, fuente de pecado y lujuria). Este hecho, más su actitud pueril, permitió concebir la idea de haber encontrado el lugar donde se ubicaba el Edén. Prueba de ello fueron las numerosas pinturas y grabados que artistas, como Durero, creaban representando al Paraíso en estos nuevos lugares. Este pintor fue el primero que representó en tamaño natural, la primera pareja desnuda, a la que ubicó en un paisaje exótico donde se podía advertir la presencia de papagayos y otras especies americanas como los micos de cola prensil. De esa forma el nuevo paisaje con su fauna y flora 'novedosa', paulatinamente se incorporaba al conocimiento europeo.

Los propios avanzados, dispuestos a llevar a buen término la misión encomendada por la Corona, magnificaban su 'aventura' contribuyendo a crear, en el imaginario colectivo de la primera época de la Conquista, la idea de haber hallado un mundo de maravillas. A tal punto era panegírico el discurso sobre las Nuevas Tierras encontradas que, "en 1532 el comisario general de los franciscanos Nicolás Herborn escribe una fantástica relación de las tierras recién descubiertas, cuyos habitantes no conocían ni enfermedades ni pestes y vivían cien, doscientos o trescientos años, y aún más las mujeres sin que hubiese 'carestía' alguna, pues el suelo que se pisaba eran minas de oro y de plata, los campos florecían todo el año y la noche duraba apenas hora y media [...]" (Gil, 1989:

239).

El *Homo sylvestris* en las Nuevas Tierras

Al mismo tiempo, el colonizador sólo en un mundo a veces desafiante y hostil, aforando su hogar y su familia tenía que afianzar su propia personalidad sublimando su nuevo hogar y sus acciones. De allí que existe, conjuntamente con el discurso de haber encontrado "un mundo de maravillas y un buen salvaje", el discurso opuesto.

La relación entre 'nosotros' y 'ellos' permitió la autodefinición del nosotros ya que, estos "otros", que se hallan en los extremos del mundo habitado son los que 'nosotros' no somos. Esta evidencia conlleva una actitud de valoración o desvalorización del ser hallado.

A los descubridores les resultó fácil producir discursos sobre un salvaje americano que ahora era representante, por su aspecto y conducta, del estereotipo de lo que estaba vedado. La idea de que en las tierras lejanas -las de la periferia-, existía todo lo raro o lo que no debía ser estaba imbricada en la mentalidad de aquellos que constituían el "centro" de la civilización.

Por eso el 4 de diciembre de 1492 el Almirante creyó entender que no lejos de donde se encontraba, había "hombres con un ojo e otros con hocicos de perro que comían hombres" (*Diario*). Y el 9 de enero de 1493 vio surgir del mar tres sirenas "que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara". También Juan Gil cita las declaraciones de uno de los primeros cronistas: "El miedo a los grifos, de los que se creyó haber divisado huellas, provocó la desbandada de una cuadrilla que había salido a explorar el interior de Cuba en 1494. Y, todavía en "la cuarta navegación, cuando los mareantes vieron que los indígenas del puerto de Huibá hacían su morada encima de los árboles, se pensó que la causa de tal novedad se debía al pavor de los grifos" (1989: 30).

Otra leyenda muy difundida fue la que menciona Fernández de Oviedo quien relataba:

En el mismo tiempo supo el general, por enforme de los indios, que cuando había entrado en aquél Nuevo Reino, había dejado atrás, hacia la mano derecha, una provincia [...] de mujeres amazonas, que dicen que se gobiernan por una mujer señora de aquella tierra. Así, los cristianos las comenzaron a llamar amazonas, sin lo ser; porque aquellas que los antiguos llamaron amazonas, fue porque para ejercitar el arco y las flechas, seyendo niñas, les cortaban o quemaban la teta derecha, e no les crecía, e dejaban la siniestra para que pudieran criar la hija que pariesen; y en griego, α quiere decir *sin*, e $\Pi\alpha\sigma\varsigma$ quiere decir teta, y por eso amazonas quiere decir *sin teta*.

Ellas también solían asociarse a los gastrocéfalos. En los bestiarios una figura común era el hombre sin cabeza que tenía los ojos en la nariz, y la boca en el pecho. "Esto es verdaderamente un milagro de la naturaleza, un aborto o un prodigio, porque no se trata de un solo ser, sino que hay miles de ellos" cita recogida de la obra de Rojas-Mix (1992: 69) del diario *Mercurio* de Valparaíso (1966: 6, Sección III).

Seres que compartían su protagonismo con otros personajes típicos: los gigantes. Bernal Díaz del Castillo, en su *Historia de la conquista de la Nueva España*, refería como los tlaxcaltecas decían que sus antecesores "les habían dicho que en tiempos pasados había allí entre ellos pobladores hombres y mujeres muy altos, de cuerpo y de grandes huesos". Por mucho tiempo perduró la idea del gigante. Hombres y mujeres de gran altura fueron los protagonistas de crónicas, relatos y pictografías. Américo Vespuccio los menciona en su segundo viaje cuando relataba como, recorriendo el valle de una isla del Caribe, encuentra cinco cabañas:

[...] habitadas por mujeres de tamaño mayor que un hombre grande y hombres mucho más grandes que las mujeres tan bien hechos que era admirable verlos los cuales nos turbaron tanto que mejor hubiéramos querido estar en las naves que encontrarnos con tal gente [...].

Y en la expedición de Magallanes, Pigafetta afirmaba que había visto un hombre tan grande que, "nuestra cabeza a penas llegaba a su cintura".

También los holandeses vuelven a verlos, cuando cruzan el Estrecho de Magallanes. Todos estos seres se ubicaban en la Nueva Tierra descubierta por varias razones que condicionan a los recién llegados.

En primer lugar por haber arribado a lo que creían eran islas, donde supuestamente ocurrían aventuras y se corporizaba lo fantástico, desde tesoros hasta endriagos de los más disformes. Juan Gil, cita en su obra sobre los mitos del descubrimiento a Olschki que, en *Stori letteraria delle scoperte geografiche*, había indicado: "las alucinaciones que sufren tanto Marco Polo como Colón (y después Pigafetta) tienen lugar en las islas de la India, en virtud de un romanticismo que no sin razón es tachado de 'insular' (1989: 26).

En segundo lugar, estos seres estaban ligados a los lugares donde se hallaban fabulosos tesoros, que ellos guardaban. Las mujeres guerreras, los hombres con cola, los gigantes, eran los que más comúnmente los custodiaban. Todos pertenecían a lo más maravilloso e impreciso de Oriente; encontrarlos en estas tierras podía significar la proximidad de grandes riquezas.

Otro aspecto que no deja de pesar en el ánimo de estos hombres era que los lugares adonde habían arribado se encontraban alejados del centro de la civilización que el europeo representaba. Lo que encuentra corresponde a 'otros', que se diferencian de "nosotros".

Por eso en América se reedita el mito griego, ya que muestra a sus habitantes como símbolo del desorden. No presentaban el modelo social al que pertenecía el recién llegado, es decir, el aborigen era el representante de lo que "no" era el hombre europeo; ellos eran los 'otros' diferentes a 'nosotros'.

El ser representativo de lo que era contrario al orden social, era el *homo sylvestris* que vivía alejado del grupo social de las comunidades, donde había normas y una autoridad, es decir, donde se vivía, 'en policía'.

Los seres que encontraban los descubridores vivían de forma contraria al "orden" conocido por el español. Poseían costumbres como la antropofagia: "comen a todos sus enemigos que matan o hacen prisioneros" (Vespuccio: 217). Se presentaban desnudos: "todos, de uno y otro sexo van desnudos, no se cubren ninguna parte del cuerpo, [se encuentran] así como han salido del vientre de la madre" (ibidem: 179) y vivían en los bosques sin gobierno, sin ciudades.

Estos seres que Vespuccio describe:

Tienen cuerpos grandes, bien plantados, bien dispuestos y proporcionados y del color tirando al rojo, lo cual pienso les acontece porque andando desnudos son teñidos por el sol (181).

¿Perteneían a la raza humana?

Este es el desconcierto que en el Viejo Continente surge y ante la pregunta: ¿quiénes eran y de dónde llegaron los seres del nuevo mundo? Acosta la responde en su *Historia*, al expresar la idea predominante del español: "por no contradecir a la Sagrada Escritura, que enseña que todos los hombres descienden de Adán, nos hallamos forzados a decir que los hombres de las Indias fueron de Europa o de Asia" (volumen 1: 20; 54).

Si esto era verdad el ser, de la Nueva Tierra, tenía las características del hombre europeo, es decir no era animal sino humano.

¿El hombre de estas tierras era correlato del *homo sylvestris* europeo? ¿Podría llegar a 'civilizarse'?

Este ser americano, desde el arribo de los europeos al Nuevo Continente hasta fines del siglo XVI fue un enigma, por no reunir las condiciones que supuestamente poseían los *homo sylvestris*.

Los seres hallados poseían inteligencia (fácilmente aprendían lo que se les enseñaba). No poseían el cuerpo con pelo hirsuto (es más, muchos eran lampiños). No tenían el cabello desordenado y con señales de nunca haber sido cortado (lo presentaban prolijamente peinado, dejándolo crecer hasta una cierta altura), y mostraban en su cuerpo adornos, pinturas, tatuajes, señal de ser hombres, no animales.

Se produce en consecuencia un lento proceso de elaboración sobre la identidad o condición jurídica del indio. Los europeos consideraban, con etnocentrismo, que 'su' cultura poseía los valores arquetípicos, tanto en lo moral, lo religioso y costumbres. Por tanto, ésta debía imponerse. Al confrontarse con los 'otros' se afirmaba el 'nosotros' que eran, como se 'debía ser'.

Siglos más tarde, Rousseau en las notas a su *Segundo Discurso* señala: "Después de cuatrocientos años de que los habitantes de Europa invaden las otras partes del mundo, publicando sin cesar nuevas recopilaciones de viajes y relaciones, yo estoy persuadido que los únicos hombres que nosotros conocemos son los europeos". Es época del neoclasicismo, donde el afán expansionista prepara la visión científica de las tierras lejanas, explica Rojas Mix (1992: 170). Es precisamente con el conocimiento de nuevas culturas que la autodefinición de sí mismos se concretó. Europa fue el paradigma cultural por excelencia.

Por eso interesa determinar si la forma de vida del aborigen es posible de incorporar al orden de la *civis*.

Conclusiones

En época del descubrimiento y hasta el siglo XVIII, el término civilizar tenía el sentido de reducir la vida a la *civitas*, por tanto la vida civilizada significaba "vida en policía".

Más tarde, después de superar la idea romántica del 'buen salvaje', que era la de aquél ser cuya existencia transcurría en estado natural, antes de contaminarse con el hombre blanco surge la idea que constituye un salvaje que deja de ser idílico, ya que por la visión del puritanismo, se concebía que la barbarie había 'aprisionado' al espíritu del hombre del Nuevo Mundo llevándolo a la mayor degradación (Rojas-Mix cita a *La Tempestad* de Shakespeare, donde se muestra a Calibán como al salvaje, en imagen opuesta a la del 'buen salvaje', 1992: 128). Por lo tanto, la llegada de los europeos era oportuna para liberarlo de ella.

Se consideraba 'bárbaro' a un estadio del hombre que, Bartolomé de las Casas definía:

[...] las gentes que aún no han sido enseñadas ni tuvieron quien las persuadiese, guiase, atrajese y ordenase, producen, de sí, frutos, por la mayor parte, todos sensuales y animales y no racionales (1957: 256).

Por consiguiente la educación permite diferenciar al hombre del animal, y los pueblos bárbaros son aquellos que necesitan ser 'enseñados'. Al terminar con el dilema de la naturaleza del indio, se llega a la conclusión que puede y debe ser educado.

Bartolomé de las Casas válida esta posición al expresar:

[...] todo linaje de los hombres es uno, y todos los hombres, cuando a su creación y a las cosas naturales, son semejantes, y ninguno nace enseñado; y así todos tenemos necesidad de, a los principios, ser de otros, que nacieron primero, guiados y ayudados (1957: 258).

Los fundamentos filosóficos y políticos de esta idea los comparte la Corona; así se impone la tarea de controlar, evangelizar, y dominar, al indígena americano que, en la mentalidad del español era el hombre natural, desprovisto de cultura, era el bárbaro, como lo era en el imaginario colectivo europeo el *homo sylvestris*, dominado por los instintos.

Si bien es posible cuestionar los métodos empleados, como el autoritarismo y/o la acción cumplimentada por la Corona en su conquista e incorporación de estas tierras a sus dominios no se puede dejar de hacer notar que la adaptación a nuevas formas de vida se logra con la acción educadora; aún cuando el hombre se presente en condiciones despreciables para aquellos que creen poseer un paradigma cultural inobjetable. La aculturación del indio americano es un ejemplo, aún cuando el sincretismo cultural se dio para ambas culturas.

Al mismo tiempo, no debemos dejar de recordar que en este siglo XVI, la fe de la doctrina católica de la España expansionista era un baluarte que debía imponerse. El pensamiento que Bartolomé de las Casas expone es por demás ilustrativo: "todos aquellos que carecen de verdadera religión y fe cristiana, es decir, todos los infieles, por muy sabios y prudentes filósofos y políticos que sean, son una especie de bárbaros".

Fuentes

- Acosta, José de (1962). *Historia Natural y Moral de las Indias*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Colón, [Cristóbal] (1962). *Diario de Cristóbal Colón. Libro de la primera navegación y descubrimiento de las Indias*. Edición por Carlos Sanz. Madrid: Biblioteca Americana Vetustíssima.
- Herodoto (1961). *Los nueve libros de la Historia*. Traducción del griego por Bartolomé Pou. Buenos Aires: El Ateneo, tomo CLXXVII.
- Las Casas, Bartolomé (1957). *Apologética. Historia de las Indias*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.
- Lizárraga, Reginaldo de (1957). *Descripción Breve del Perú*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.
- López de Gómara, Francisco (1979). *Historia general de las Indias*. Caracas: Biblioteca de Autores Españoles.
- Oviedo, Fernández de (1957). *Historia General y Natural de las Indias*. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid.
- Straubinger, Juan Mons (1974). *Sagrada Biblia. Edición Ecuménica*. Versión directa de los textos primitivos. Buenos Aires: Barsa.
- Vespucio, Américo *Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos*. Biblioteca Americanista.

Bibliografía citada

- Certeau, Michel de (1995). *Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción*. Universidad Iberoamericana, México: Talleres de Impresora Libertad.
- Collis, Mauris (1955). *Marco Polo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gil, Juan (1989). *Mitos y utopías del descubrimiento. I Colón y su tiempo*. Madrid: Alianza, 2 volúmenes.
- Gollán, Agustín Zapata (1963). *Mito y superstición en la conquista de América*. Buenos Aires: Eudeba.
- Guérin, Miguel (1993). "El relato del viaje americano y la redefinición de la ecúmene europea" en *Dispositivo*. Estados Unidos: University of Michigan, XVII: nº 42: 1-19.
- Ibarra, Bernardo de. (1982). *Pleitos colombinos*. Madrid: C.D.I.U.
- Lévi Strauss, Claude (1999). *Raza y cultura*. Barcelona: Altaya.
- Lotman, Yuri M. (1993). *Cultura y explosión. Lo previsible y lo imprevisible en los procesos de cambio social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- O'Gorman, Edmundo (1992). *La invención de América*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rojas Mix, Miguel. (1992). *América Imaginaria*. Madrid: Lumen.
- Samhaber, Ernesto (1960) *Los grandes viajes a lo desconocido. El descubrimiento de la tierra*. Buenos Aires. Ateneo.
- Verón, Eliseo. (1984). *Semiosis de lo Ideológico y del Poder. La mediatización*. Buenos Aires:

Espacios, volumen 1; 11-38.

Fecha de recepción: 05/05/2002
Fecha de evaluación: 13/10/2002
